

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLVII

CICLO DE CONFERENCIAS

IV CENTENARIO
DE LA
PLAZA MAYOR



ANTONIO BONET CORREA- BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS -
ISIDORO OTERO CABRERA - CARMEN CAYETANO MARTÍN -
JOSÉ MANUEL BARBEITO DÍEZ- JAVIER ORTEGA VIDAL y
FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN - JOSÉ MIGUEL MUÑOZ
DE LA NAVA CHACÓN - LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA -
ALFONSO MORA PALAZÓN - M^{ca} DEL CARMEN SIMÓN
PALMER - ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ -
M^{ca} TERESA FERNÁNDEZ TALAYA

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.

Créditos:
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
Corresponde al autor de la conferencia

©2018 Instituto de Estudios Madrileños
©2018 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-940473-7-4
Depósito Legal: M-29477-2018
Diseño Gráfico: Francisco Martínez Canales
Impresión: Service Point
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	
M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	9
<i>La Plaza Mayor</i>	
ANTONIO BONET CORREA.....	15
<i>La Plaza Mayor y la celebración de festejos taurinos</i>	
BEATRIZ BLASCO ESQUIVIAS.....	31
<i>Pedro de Tapia y la construcción de la Plaza Mayor de Madrid: su reflejo en la literatura del Siglo de Oro</i>	
ISIDORO OTERO CABRERA.....	63
<i>El Archivo de Villa y la Plaza Mayor de Madrid</i>	
CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	83
<i>La Plaza Mayor escenario de la Corte</i>	
JOSÉ MANUEL BARBEITO DÍEZ	107
<i>Las formas de la Plaza. Dibujo arquitectura e investigación</i>	
JAVIER ORTEGA VIDAL y FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN.....	119
<i>Los orígenes de la Plaza Mayor de Madrid y su representación por Antonio Mancelli</i>	
JOSÉ MIGUEL MUÑOZ DE LA NAVA CHACÓN	129
<i>Los nombres de la Plaza Mayor y sus complementos de identidad</i>	
LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	181

<i>Las celebraciones por la canonización de San Isidro en la Plaza Mayor</i>	
ALFONSO MORA PALAZÓN	219
<i>Imágenes literarias de la Plaza Mayor y sus gentes</i>	
M ^a DEL CARMEN SIMÓN PALMER	251
<i>Restauración de la Plaza Mayor (1961)</i>	
ENRIQUE DE AGUINAGA LÓPEZ	277
<i>La Plaza Mayor de Madrid y sus aledaños en los programas municipales de rehabilitación</i>	
M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	291

LAS FORMAS DE LA PLAZA; DIBUJO, ARQUITECTURA E INVESTIGACIÓN

Por JAVIER ORTEGA VIDAL

*Catedrático de Dibujo de la Escuela Técnica Superior
de Arquitectura de Madrid*

Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños

y

FRANCISCO JOSÉ MARÍN PERELLÓN

Director del Museo de la Imprenta Artesanal de Madrid

Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el 7 de noviembre de 2017
en el Salón Real de la Casa de la Panadería

Esta aportación pretende un doble objetivo: consiste el primero en analizar y transmitir la evolución formal de la Plaza Mayor de Madrid a través de las imágenes históricas conservadas de la misma, siendo el segundo el avance o propuesta de un sistema de investigación parcialmente iniciado. Ambos aspectos se enmarcan en los estudios sobre las relaciones entre la morfología urbana y la estructura parcelaria.

La palabra “forma”, aquí utilizada como emblema, necesita unas mínimas precisiones. Alude así en primer lugar a una idea básica sobre la conformación de los hechos urbanos como compromiso entre la ciudad y la arquitectura, establece en segunda instancia la íntima conexión con el dibujo como instrumento de conocimiento sobre estos procesos a lo largo del tiempo, pretendiendo finalmente concretar lo que podríamos definir como la determinación y evolución del marco artificial de las actividades humanas. Este mismo término preside así el título de *La Forma de la Villa de Madrid*, proyecto de investigación multidisciplinar, cuya primera concreción relativa al ámbito de los primeros recintos medievales se editó en 2004 por la Comunidad de Madrid, estando prevista la publicación de una segunda fase en 2018 con el subtítulo alusivo a la “Cerca de Felipe II”, que amplía el ámbito inicialmente tratado. Como se expresaba en el subtítulo de la publicación referida, la intención adjunta a esta investigación multidisciplinar consiste en la creación de un “soporte gráfico para la información histórica de la ciudad”.

Este sistema de investigación pretende establecer así una base objetiva que sintetice el estado del conocimiento sobre Madrid, constituyendo a su vez una plataforma que facilite el progreso de los diversos estudios sobre la misma. Se centra ante todo en ordenar e integrar en una base común la arquitectura de la ciudad con los datos de la historia y la arqueología, proponiendo la síntesis de estos datos en un sistema de información, gráfico y textual, susceptible de ser progresivamente actualizado. En esta estrategia, el primer paso ineludible consiste en la localización y tratamiento integrado de lo que podríamos definir como los testimonios históricos de la ciudad, esto es, los distintos datos conservados sobre la misma. En nuestro enfoque analítico, estos testimonios pueden ser de tres tipos: físicos, gráficos y verbales. Los primeros se refieren a la propia materialidad de la ciudad actual como legado híbrido de diversos tiempos. Aunque cabrían matices, simplificamos el concepto de testimonios gráficos entendiendo englobados en esta categoría el conjunto de dibujos, pinturas y fotografías conservados. Los testimonios verbales serían así los basados en la palabra, que se centrarían fundamentalmente en la documentación escrita conservada en los diversos archivos, incorporando a su vez las aportaciones de todo tipo de fuentes basadas en los estudios publicados.

Tras este preámbulo, que sirve de marco a los dos objetivos inicialmente apuntados, procede abordar a continuación el primero de los mismos, que constituirá a su vez el argumento fundamental de la exposición. El título de “las formas de la plaza” pretende aludir a cómo un mismo hecho urbano, reconocible como forma o identidad propia desde su consideración actual, se debería entender como el resultado evolutivo de sus diversas conformaciones a lo largo del tiempo. Obviamente este planteamiento no constituye una gran novedad, siendo en términos generales ya conocido el proceso de conformación progresiva de la Plaza Mayor de Madrid, aunque creemos que es susceptible de ser mejorado y ampliado. Tratamos de recopilar y ordenar así los diversos testimonios gráficos generales sobre la plaza desde el siglo XVI hasta la actualidad, estableciendo a su vez las relaciones con algunos de los complementos documentales sobre la misma, como avance del sistema de investigación enunciado. La prioridad de nuestro objetivo inmediato consiste en transmitir de manera continua los hitos esenciales de la evolución de la Plaza, utilizando como ilustración los testimonios gráficos procurados por la historia.

La lectura formal inmediata de la planta de la Plaza Mayor como resultado final, es la de un gran rectángulo vacío que recorta el intrincado entramado de calles de su entorno inmediato. Considerada en volumen, la plaza se concreta en un plano horizontal cuyo espacio urbano se conforma mediante cuatro fachadas o lienzos verticales que, a través del peculiar remate de la silueta de sus cubiertas, se cubre por el luminoso cielo abierto y cambiante tan peculiar de Madrid. Esta manera de describir el ámbito urbano objeto de estudio, resalta una cuestión de cierta importancia desde una consideración arquitectónica como es la relación

entre la planta y el alzado. En lo que a los estudios habituales sobre la plaza se refiere, ha predominado sin duda su condición escenográfica, considerando normalmente sus fachadas o límites verticales como el fondo de las actividades desarrolladas en su ámbito, bien sean propiciadas por la Corte o la Villa. De esta manera, y en general, los diversos estados de los alzados no han sido objeto de una atención específica, y menos aún la consideración simultánea entre los alzados y la planta. En este sentido, y aunque sorprenda, se podría decir que la plaza es una gran desconocida llena de interrogantes aún por descubrir.

LA PLAZA HASTA 1617

Entrando ya en nuestro objetivo inmediato lo primero que hay que resaltar es que, de este período, el primer y único testimonio gráfico de la plaza conocido hasta el momento son las dos plantas conservadas en el Archivo Zabálburu fechadas en 1581. El primer dibujo transmite el estado de la plaza en este año, constituyendo el segundo un proyecto de reforma no realizado.

Esta información gráfica ha propiciado no obstante diversos estudios sobre la denominada plaza del Arrabal, complementando esta referencia gráfica fundamental con diversas fuentes documentales de archivo. Destacarían así las aportaciones de Francisco Íñiguez Almech de 1950, de Fernando de Urgorri de 1954 y la más reciente de Montero Vallejo en 1987, por señalar las más importantes. Remitiéndonos a estos estudios, a los que luego volveremos, poco podemos aportar por el momento al añejo desarrollo de la irregular plaza medieval, aunque sí conviene insistir en que, ligada a su condición funcional de mercado adquirida a finales del siglo XV, ya desde 1530 se había iniciado el asentamiento en su ámbito las sedes municipales de la Carnicería y desde 1560 aproximadamente la Panadería.

El proceso que conduce desde este estado de 1581 hasta el año de 1617, fecha reiteradamente repetida como inicio de la formalización integral de la plaza de los Austrias, resulta aún algo confuso; de hecho, los actos que nos reúnen se basan en el lugar común de la conmemoración de los “cuatrocientos años de la plaza” como si ésta se hubiera iniciado este año. Sin embargo, y a nuestro entender, esto no es sino una simplificación un tanto equívoca de la manera en que la ciudad se construye. Radicalizando un tanto los términos, podríamos decir que en 1617 la mitad de la plaza ya se encontraba construida, formando una escuadra en sus costados norte y este.

Para llegar a ello habría que resaltar varios procesos concatenados, más o menos conocidos, que estarían aún necesitados de estudios específicos. Tras el intento de proyecto evidenciado por los planos, no realizado, que pretendía regularizar la plaza derribando la conocida como casa da la manzana proponiendo permutas de suelo, existen noticias sobre una traza de regularización por Juan

de Herrera en 1582. Tal vez este hecho tuviera que ver con el proceso iniciado en 1583, comandado por Juan de Valencia, que significó a la postre el inicio de la dinámica renacentista; la estrategia adoptada consistió en la creación de nuevo suelo edificable en el ámbito de la Plaza de Santa Cruz, a veces referida como plazuela de la Leña. Este proceso, cuya documentación específica se conserva en el Archivo Histórico Nacional, supone el jalón inicial de esta secuencia previa. El siguiente paso, más conocido, se establece en la construcción de la nueva casa Panadería gestada desde 1590 y que tardó casi diez años en realizarse, en la que se entrecruzan las trayectorias profesionales de Juan de Valencia, Francisco de Mora y Diego Sillero.

Concretados así los hitos del edificio que se erigirá en protagonista y centro de la plaza en su costado norte y definido su límite o alineación oriental, casi podríamos decir que el futuro del ámbito urbano estaría ya prefigurado a finales del siglo XVI. ¿Fueron estas determinaciones aleatorias? o ¿constituían ambas el inicio de un proceso pautado por un proyecto previsto de antemano?. Independientemente de las respuestas a estas preguntas, el dilatado lustro que inicia el siglo XVII con el abandono de la Corte no debió propiciar una continuidad constructiva. Sin embargo, a partir de 1608 comienzan a detectarse ecos de una dinámica edilicia, con directrices emanadas de Francisco de Mora, que ya pretenden una sistemática de ordenación sobre las construcciones de la plaza. Pero mas allá de la misma y en su entorno inmediato, conviene advertir y resaltar que este sistema de policía o control urbano también se extendía o provenía de una cierta ambición de ordenación general del centro de la ciudad.

LA PLAZA DE LOS AUSTRIAS HASTA EL INCENDIO DE 1631

A partir del estado inicial someramente descrito, entre 1617 y 1622 se concreta definitivamente el rectángulo antes aludido, que se mantendrá invariable hasta la actualidad. A salvo de los alzados de Miguel Gómez de Mora, no se conocen las trazas generales de este proyecto, conservándose tan sólo el dibujo de la planta alta de la Casa Carnicería de 1618. La documentación escrita es sin embargo abundante, como corresponde a un complejo proceso de corta de casas en planta para someterse a un alzado común. Los irregulares frentes al sur y al oeste de la plaza se alinean en escuadra, dilatando además hacia el suroeste el plano horizontal con la cota del centro de la plaza, lo que supondrá la dificultad añadida de elevar artificialmente el terreno en esta zona; a resultas de ello surge la conocida como Escalerilla de Piedra, o Arco de Cuchilleros, necesitándose al tiempo la construcción un importante nivel de cimentaciones abovedadas hacia la Cava de San Miguel. Pocas veces se ha resaltado la consecuente repercusión de este hecho en el trazado de las casas al otro lado de la cava, que debió suponer la desaparición de una parte considerable de la muralla

medieval. Todo este asunto está pendiente de ser atendido con más intensidad.

En relación con lo anteriormente advertido sobre el carácter o sistema abierto de la plaza y sus conexiones con el entorno, las primeras asociaciones de planta y alzados conservados, de 1620, se refieren al trazado complementario de la Calle Nueva que comunicaba el ámbito rectangular con la Puerta de Guadalajara. Tras ella, es de destacar el similar sistema edificatorio adoptado en el costado norte de la calle Mayor hacia la de Santiago y la plaza de San Salvador. En este sentido convendría resaltar además la presencia de soportales y fachadas homogéneas en el tramo de la calle Mayor situado al norte de la plaza. La ilustración del estado del ámbito urbano en estos años se concreta en los trabajos de difusión de la imagen de la ciudad y su plaza debidos a Antonio Mancelli. La perspectiva de la plaza se complementa literalmente con los cuadros al óleo del Museo de Historia; uno de ellos es trasunto literal del grabado, mientras que el recientemente adquirido, modifica los ángulos superiores para adjuntar las imágenes de algunos edificios significativos de su entorno. No obstante, una diferencia entre ambos cuadros de cierto interés se produce en la imagen de la Casa Panadería, apareciendo un frontispicio en los documentos del ilustrador italiano que no se refleja en el segundo cuadro; tampoco aparece este remate en el óleo atribuido a Juan de la Corte de 1623, supuesta ilustración de los festejos en honor del príncipe de Gales.

De esta manera el alzado de la plaza consistía en un módulo repetido entre soportes que constaba de un soportal con altillo, tres niveles de pisos y un ático retranqueado con terrado de plomo sobre la primera crujía. Este alzado parece generado por los niveles de la Casa Panadería. Este estado se modificará a partir del luctuoso incendio ocurrido el 6 de julio de 1631, en el que perecieron 13 personas, afectando a 50 casas del costado sur. Como evidencian las trazas conservadas de 1632, se decide prescindir del peligroso terrado de plomo, avanzando el ático al plano de fachada, elevando así el nivel de la cornisa general en una planta. Esta plaza de cuatro pisos sobre soportales es la que aparece en la traza de los balcones de 1636 y que se mantendrá como aspecto general de la plaza hasta 1790. Como intervenciones de menor rango, se podrían reseñar las efectuadas en el callejón de acceso a la Casa Panadería en 1634, la disposición en la misma del escudo real en 1641 y la reforma de la escalera de acceso al balcón real planteada por José de Villarreal en 1654.

EL INCENDIO DE LA CASA PANADERÍA EN 1672

El 2 de agosto de 1672 se produce un incendio de cierta importancia en el edificio emblema de la plaza, constituyendo así el segundo accidente que modificará el aspecto de la plaza. A resultas del mismo desaparece el cuerpo principal del edificio que había generado la imagen de la misma, quedando tan

sólo en pie el nivel abovedado del sótano y parte del arranque del cuerpo bajo de soportales. Se activa inmediatamente un reconocimiento de las ruinas, desarrollándose en breve tiempo un concurso de propuestas de reconstrucción del edificio, en el que se aprueba la propuesta de Tomás Román, finalizándose la construcción en 1674. El renovado edificio se desmarca de su precedente en dos aspectos formales que causan cierta extrañeza. En primer lugar se cambian los niveles horizontales que acordaban con las edificaciones del resto de la plaza, modificándose además el lenguaje arquitectónico de sus elementos; de esta manera, se transforma el cuerpo bajo con 11 tramos de arcos y medias columnas entre ellos, conformando los tres niveles superiores con vanos recercados propios de su momento. Sobre el balcón central del piso principal se dispone un aparatoso escudo pétreo, coronándose el conjunto con dos estilizados chapiteles. Parece además que se decide incorporar al lienzo de fondo entre los vanos una decoración pictórica al fresco, así como un tratamiento similar en los techos del Salón Real, a cargo de Claudio Coello y José Donoso.

Si el edificio anterior había presidido la plaza durante cerca de ocho décadas, el estado conformado hacia 1675 continúa constituyendo el centro fundamental de referencia hasta la actualidad, alcanzando una vigencia de 34 décadas. De éstas, y durante algo más de 11, se producirá una cierta disonancia entre la nueva presencia y el añejo frente del caserío. En este lapso de tiempo, y en lo que a la conformación general de la plaza se refiere, tan sólo cabría reseñar el dilatado y un tanto oscuro proceso del denominado Arco de la calle de Toledo, desarrollado desde 1679, que consistía en la realización de un cierre continuo en la embocadura de la calle de su lienzo sur, para procurar acomodo a los miembros de la corporación municipal en los diversos actos celebrados en la plaza. Existe sobre ello una intensa documentación escrita desarrollada a lo largo de cinco décadas, iniciadas por Tomás Román y finalizadas por Pedro de Ribera. Aunque suponga un cierto grado de interpretación este cierre, inestable e indeterminado en su concreción constructiva a lo largo de los años, parece anunciar el modelo de plaza cerrada desarrollado a partir del incendio de 1790 que, curiosamente se iniciará precisamente en este punto.

Antes de abordar este episodio fundamental en la historia de la plaza, quedaría señalar tan sólo la continuidad en los usos habituales de la misma en la última fase de los austrias y la aparente consecución algo menos intensa durante los primeros años de la nueva dinastía borbónica. Un síntoma de ello podrían ser las funciones o usos a los que se destinan las piezas reales de la Casa Carnicería, reservadas para sede de la Junta Preparatoria de la Academia desde 1745 y que, tras su traslado de sede a la calle de Acalá en 1775, sería ocupada posteriormente por la academia de la Historia.

Resulta curioso que los tres grandes incendios ocurridos en la Plaza Mayor se produjeran durante el verano; el primero el 7 de julio, el segundo el 2 de agosto, y el tercero, esperemos que último, el 16 de agosto de 1790. Como relatan gráficamente la notable cantidad de dibujos conservados sobre el desastre, éste empezó en las inmediaciones del Arco de Toledo y se extendió al conjunto de la manzana occidental, trascendiendo los considerables daños al caserío situado más allá de la Cava de San Miguel. El caso es que este detonante significó la última gran transformación arquitectónica de la plaza a partir de las directrices formales diseñadas por Juan de Villanueva. Con su firma se conservan al menos cuatro dibujos - dos en la Biblioteca Nacional y otros dos en el Archivo Histórico Nacional - que transmiten los pasos iniciales del proyecto. La referencia fundamental se establece de nuevo en los niveles de la Casa Panadería; frente a la discordancia entre los huecos e impostas antes advertida, el nuevo estado previsto para los frentes recupera la correspondencia entre los mismos, planteando un soportal con entreplanta y tres niveles de piso de mayor envergadura en sustitución de los cinco previamente existentes. A su vez se plantean dos opciones del soportal: la más cara con arcos y la menos costosa adintelada. Evidentemente ésta última fue la adoptada. Las trazas del Archivo Histórico Nacional suponen el desarrollo de esta opción, aplicada a la manzana destruida por el incendio que fué, lógicamente, la primera en ser abordada con las nuevas determinaciones. Un momento de duda se establece con la traza que plantea la incorporación de un cuarto nivel de huecos, que sin embargo no fue adoptada.

Como relata la planta del Archivo Histórico Nacional de hacia 1810, parece que en estas fechas ya se había abordado la reconstrucción de la manzana incendiada, estando pendiente la reforma del resto del caserío de la plaza. La coexistencia de ambos estados señala la transformación del modelo antiguo de plaza abierta hacia la configuración de una plaza cerrada. En este importante matiz, la presencia de las embocaduras de las calles se delata por grandes arcos que invaden el primer nivel de la composición, en una solución distinta a la que aparecía en la traza inicial. En un esforzado juego de correspondencias, la plaza incorpora dos arcos en cada frente, siendo dos de ellos fingidos y con distinta solución. En este juego de equilibrios, la Casa Carnicería anuncia ahora su presencia con la aparición de dos nuevos y discretos chapiteles que la enmarcan. El proceso de renovación integral del aspecto de la plaza tarda casi setenta y cinco años en completarse y estaría pendiente de ser estudiado con mayor atención. La información fundamental se encuentra en el Archivo de Villa y habría que atender a conceptos de gestión económica como las ayudas de indemnización a los particulares o las estrategias de compra municipal de propiedades combinadas con estrategias combinadas de lotería o rifas para promover la finalización de la plaza. Un estado intermedio de este proceso se

puede observarse en la planta de 1843 de Juan José Sánchez Pescador, en la que se tanteea la pavimentación y ajardinamiento de la plaza.

El remate de la misma se narra en un expediente iniciado en 1863 que plantea varias cuestiones. La primera y más importante consiste en activar el cierre arquitectónico de la plaza con la construcción del nº 34, situado en la confluencia de la calle de Postas con la de Zaragoza, cuyo propietario era Ambrosio Labiano. Tras conseguir una jugosa “indemnización” de 510.000 reales, el edificio se encontraba finalizado en agosto de 1865. Al tiempo se plantea la restauración de la Casa Panadería, el revoco unificado de todos los edificios y el ajardinamiento de la plaza, rodeando la estatua de Felipe III allí presente desde 1848. El proyecto se redacta por el arquitecto municipal Joaquín María Vega y es sometido a la Corona, que emana las directrices oportunas. Es en estas fechas cuando aparecen los primeros testimonios fotográficos conservados.

DINÁMICAS Y ACTUACIONES HASTA LA ACTUALIDAD

A través de los ciento cincuenta años que han transcurrido desde entonces, la forma de la Plaza Mayor no ha cambiado en lo sustancial, produciéndose no obstante continuas dinámicas de actividades y transformaciones propias de la vida de la ciudad. En lo que a las sedes municipales se refiere, tiene interés señalar que, a finales de los años sesenta del siglo XIX, la Panadería y la Carnicería se transformarían en las Casas Consistoriales segunda y tercera respectivamente, adoptando nuevas funciones que supondrían reformas internas acompañadas de una interesante documentación gráfica sobre los edificios. A su vez y a partir de los nuevos medios de transporte como es el caso del tranvía, la plaza se verá progresivamente convertida en un cierto nudo de comunicaciones, circunstancia que supondrá modificaciones de uso y pavimentación.

Este hecho se concretará en una importante intervención proyectada en 1934 por el arquitecto municipal Fernando García Mercadal, que supondría la desaparición del ajardinamiento allí presente desde 1865. Tras los años de la Guerra Civil, en los que se dispusieron elementos de protección en la plaza a pesar de los cuales se produjeron destrozos por bombardeos en los edificios que convendría en lo posible precisar, las labores urgentes de restauración se abordaron en los años cuarenta. Las reformas de mayor importancia se produjeron en las décadas de los cincuenta y sesenta. Con motivo de la celebración del IV centenario de la capitalidad, el teniente de alcalde J. M. Soler con la colaboración del arquitecto Herrero Palacios promovió la reforma de cubiertas al modo herreriano, unificando la variopinta sinfonía de cubiertas de teja y terrazas planas tras un faldón escenográfico de pizarra,

operación criticada por Leopoldo Torres Balbás en un artículo de 1958. A pesar de ello la operación se remata e inaugura en mayo de 1961, produciéndose al tiempo el cambio de la pavimentación y alumbrado. Como parte del evento se produjo la realización de una maqueta del restado de la plaza. A finales de los años sesenta se produce la impactante obra del aparcamiento subterráneo, en la que habría que lamentar además la inexistencia del más mínimo registro arqueológico previo a la drástica intervención.

La propuestas de intervención física sobre la plaza conocen una notable intensidad en las décadas finales del siglo XX, si bien aparecen centradas en los nuevos conceptos de rehabilitación urbana promovidos por la Empresa Municipal de la Vivienda. El impulso de mayor intensidad se concretó en el proyecto integral de 1988 redactado por Francisco Pol Méndez y Martín García. Se trataba fundamentalmente de un plan de ayudas para la renovación de las viviendas, y unas actuaciones epidérmicas sobre los paramentos de la plaza, tanto verticales como de pavimentación; de este último tan sólo se realizaron los basamentos de las farolas, quedando el áspero pavimento anterior que aún hoy permanece. A estas iniciativas se añadieron posteriormente el estudio de las embocaduras históricas de Valentín Berriochoa y el realizado por los hermanos Barceló sobre los locales comerciales de la plaza y su entorno inmediato.